

bres el acerado espíritu de Carranza? ¿Cómo pedir al hijo de don Segismundo Abascal, creado en tan estrecho círculo, la generosidad epopéyica de Obregón?

No. Todos esos pequeños espíritus son más dignos de lástima que de censura. Que el nuevo sistema político de ese gran liberal que nos dirige, exalte las voluntades y haga hombres y forme caracteres, aplastando las rutinas y abriendo anchurosas rutas hacia un horizonte de progreso.

Los egoístas que no estuvieron con nosotros y que se limitaron a vernos pasar con terror o con desconfianza, ya no tienen razón de vernos con recelo. El formidable argumento de su egoísmo ya no existe. Ya no somos agentes de la destrucción y embajadores de la muerte. Somos los reconstructores liberales y sinceros de nuestro caduco sistema político y administrativo. La obra de la sangre ha concluido; ya no se asustarán vuestros ojos con el incendio ni temblarán vuestras carnes misérrimas con el estallido del cañón.

La obra pacificadora comienza. El sueño de la espada será pronto una realidad. Las armas dormirán, gloriosamente, después de la conquista de la libertad. Y don Segismundo y Pérez y Braniffecti y X. no tendrán nada que decir; sus argucias ya no tienen fundamento.

Ya no traemos la tea incendiaria en una mano y la mortífera espada en la otra. Carranza lleva en su fuerte diestra una ley nueva, equitativa y generosa, y en la siniestra, el grano simbólico de la fecundidad y de la paz.

EPILOGO

Lector, tú eres un imbécil y yo soy otro, porque

Acabo de leer un libro de Oscar Wilde.— Tú, lector, no puedes comprender lo que esto significa.

Es horrible sentirse tan pequeño y tan imbécil junto a Oscar Wilde.

Y es inaudito, lector, que tú hayas llegado hasta leer estos renglones. Pero no, lo inaudito es que llegaras a comprender el libro. ¡Cinco pesos! ¡Qué horror! Cinco pesos un libro como este. No tienes perdón, lector, ni yo vergüenza.

Sin embargo, es preciso que no me olvide de lo afirmado por mí mismo en la portada, donde rindo culto a lo eternamente relativo de las cosas humanas. Yo mismo lo dije antes: este es un libro relativamente bien escrito. Sí; es verdad; pero era ante de tener la formidable impresión que acaba de dejarme Oscar Wilde.

Uno de los jueces encargados del proceso de aquel imponderable artista le preguntó en el curso del juicio, mostrándole una carta escrita por el propio autor de *Salomé*:—¿Confiesa usted que esta carta suya es inmoral?

Y Oscar Wilde contestó:—Es peor, está mal escrita.

¿Qué sería capaz de hacer conmigo por haber escrito este libro un hombre que dijo tal cosa de una carta suya necesariamente admirable?

Bien es cierto que tú, lector, si llegaste hasta aquí, no puedes parecerte en nada a Oscar Wilde.

¿Cómo,—dirás,—entonces, si es tan malo tu libro no lo arrojas heroicamente al fuego?

Porque no me importa que sea malo si cumple los fines para que fué creado; lo que me importa es que no se crea que yo no sé que es malo.

Yo tengo la conciencia exacta de las dimensiones y siento mi ridícula pequeñez cuando leo a Oscar Wilde y mi grandeza de obelisco cuando me acuerdo de. . . . Aquí, lector, pon un nombre cualquiera de los que se te vienen a la memoria, que de fijo cabe en el espacio cubierto con esos puntos suspensivos que tan claramente demuestran que mi valor civil, ¡ay!, también es relativo.

He releído este que llamaré libro, para mejor comprensión, y lo encuentro casi digno del objeto para que fué creado: propagar la noble idea revolucionaria, mostrando los efectos realizados por ella en el espíritu de un hombre que sueña, como cualquier poeta pasado de moda, en el solar que lo vió nacer y que ama a su patria porque le subyuga el perfume de su leyenda y porque lo estremece de orgullo la posible grandeza de su futuro.

Si este libro hubiese sido escrito en el extranjero seguramente sus verdades, como columnas, alcanzarían las cumbres de los cielos. Pero estoy todó lleno de los sobresaltos de que me han invadido tantos graves peligros como he pasado en estos últimos tiempos de villismo y cafrerismo.

Aun conservo la impresión brutal que Rafael Buelna, hoy

infidente, dejó en mi alma una tarde en que habiéndome preso por oficiales de su Estado Mayor en el teatro Colón, fui conducido a su presencia, en la casa de Arturo Braniff, y en ella vilmente injuriado y amenazado por aquel hombre armado a quien rodeaban treinta soldados con fusiles, y encerrado después en los sótanos, paraje de lúgubre leyenda, según me dijo la guardadora de aquella morada. Y conservo también imborrable la impresión de otros sustos grandes, no exentos de perfiles trágicos, que podría relatar; pero ésta no es la apología del miedo ni la novela extraordinaria de un hombre a quien han querido matar varias veces; es simplemente el último capítulo de un libro de índole política, y nada más.

Habrás notado, lector, que casi todo el libro se compone de retratos hechos según la potencia y calidad de mi objetivo. Se trata de una galería fotográfica y quiero completarla con una «prueba» sobre Palavicini. La cámara sólo retrata lo que mira. Yo no puedo hablar sino de lo que conozco, de lo que he visto de cerca.

Me han dicho que Luís Cabrera tiene un inmenso talento. Por lo que yo he leído de Cabrera, creo en su extraordinaria disciplina mental, en la contundencia de su lógica y, en una palabra, en su talento; pero no le conozco y, no podría dar una impresión de esas que por la captura de algún detalle, por alguna sensación indescriptible, por algo fuera de la «postura» de hombre público, pudiese yo decir con relativa exactitud mi pensamiento.

Del Lic. Acuña conozco un retrato y una nota diplomática. El retrato me dice que es joven y que las facciones de su rostro revelan energía. La nota diplomática, sin las pueriles literaturas vanas de Gamboa, me parece admirable.

Me atraen los apuntes al carbón y he de realizar mi sue-

ño de esbozar, cuando menos, las grandes figuras de la Revolución. Pero necesito conocerlas: no quiero hablar de memoria, y además esta labor he de realizarla, si puedo, en el extranjero, para que estas medallas *troqueladas* para la posteridad puedan, como deben, tener anverso y reverso.

Hay quien ha dicho que sólo se puede juzgar de los hombres cuando han muerto, cuando ha pasado nuestro tiempo. De acuerdo, pero no se les puede retratar sino de muy cerca y cuando viven. Los cadáveres tienen, todos, la misma expresión fría.

En los capítulos de este libro hay el retrato inconcluso de Alvaro Obregón, que hasta el nombre tiene victorioso.

A Obregón lo conozco a través de sus victorias, y me encantaría, hasta por simple literatura, hacer la historia de su espada.

Pero me aterra la idea de encadenarme al carro de un triunfador. Digo estas cosas porque aplastan con su realidad. Y ya no digo más, porque sobra con la evidencia.

Del general Alvarado he de hablar yo muy largamente, porque Alvarado ha hecho —no ha pensado ni ha proyectado, ni se le han ocurrido— ha hecho grandes y nobles cosas.

De Palavicini, a quien conozco más que a los otros hombres que rodean a don Venustiano, o a quien desconozco menos, como quieras, lector, puedo decir:

Palavicini tiene lo innato; es decir, lo esencial. Lo innato en todas las carreras es fundamental. Palavicini es un político y tiene lo que de innato debe tener un político. Palavicini trabaja mucho y toda su vida ha trabajado mucho.

Es un laborioso y un tenaz. Cuantos lo conocen dicen que no se roba un centavo. Esto es, en México, muy serio, tan serio que lo repito para que se entienda bien: Hasta los propios enemigos de Palavicini dicen que no roba.

Y ya que hablo de los enemigos de Palavicini, debo decir que tiene muchos. ¿Por qué? Desde luego por una razón: porque es fuerte. Nada irrita tanto como la fuerza. Una cara saludable irrita a todo el mundo, porque a casi todo el mundo le duele algo; un automóvil suntuoso molesta a casi todos porque casi todos no pueden tenerlo; una hermosa mujer del brazo de un hombre es motivo de maldiciones para él.

La fuerza, el éxito y la invulnerabilidad irritan. Palavicini es invulnerable porque es optimista, y cuanto le sucede le parece bien. Hagamos una figura con riesgo de mentecatear. Las cumbres atraen las descargas eléctricas. Nada más lógico que una torre abatida por el rayo.

Esto no quiere decir que Palavicini sea una torre. Palavicini es simplemente un político fuerte y laborioso.

Palavicini es uno de los hombres más adictos a don Venustiano Carranza. Hablando del patriotismo del Jefe de la Revolución, Palavicini extrema su entusiasmo. «No hay, —dice— en la historia de México, un caso igual al del Jefe. Para él la idea de nacionalismo es la más alta. En esa materia, su energía, tan constantemente manifestada en todos sus actos, adquiere una rigidez diamantina.»

Palavicini fué uno de los más eficaces colaboradores del Primer Jefe en la definitiva orientación de la política hacia el orden y la equidad estrictos. Palavicini fué uno de los hombres que más trabajaron en Veracruz. Bajo su dirección, las reformas ideadas por el Primer Jefe fueron adquiriendo forma y cristalizando en realidad: así surgieron la ley del divorcio, la del municipio libre, etc.

En esta labor colaboraron con este personaje, tan esencialmente dinámico, Luis Manuel Rojas, —una línea recta;— Alfonso Cravioto, —un artista sapiente— y José N. Ma-

cías, —el más ducho de cuantos sepan cosas de jurisprudencia.

Una comisión de maestros enviada a Estados Unidos, por acuerdo del Primer Jefe, e instruída por Palavicini, fué quizá el primer paso para el reconocimiento. Porque deben de haberse dicho en aquel país: si Carranza piensa en los problemas de la enseñanza; es decir, en el futuro de su patria, en plena revolución, será capaz, seguramente, de grandes obras cuando haya conquistado la paz.

Algunas palabras de Palavicini que de fijo completarán su figura moral. — «Yo he luchado siempre de abajo para arriba, de la debilidad hacia la fuerza: yo no sé oprimir.

Mis enemigos están en un error cuando me atacan. Sólo dos cosas, que no pueden decirme, tendrían importancia para mí: que no soy honrado, o que no he servido lealmente, junto al Jefe, a la Revolución. Siempre estoy satisfecho con lo que tengo y lo que me sucede me parece lo mejor del mundo. Algunos enemigos míos han trabajado para que se me quite el Ministerio. Yo no quiero ningún puesto: me basta conmigo mismo. Correspondo a la confianza del Jefe con mi trabajo y oigo los denuestos de mis enemigos como una sinfonía profundamente halagadora de mi vanidad.

Palavicini se levanta a las siete de la mañana y suele retirarse a las diez de la noche del Ministerio.

¿Tiene talento? El dice que es un mediocre trabajador y nada más; pero yo pienso que no cree lo que dice. A mí me parece que tiene mucho más talento del que le suponen muchos que le miran de lejos; que escribe mal, pero con mucho vigor; que entiende de pedagogía más que nadie en la revolución; que trabaja más que muchos; que sabe lo que hace como pocos; que podrá caer muchas veces, pero que se levantará otras tantas; que no conoce bien a los hombres, por-

que es impresionable, y que usa unas corbatas y una cadena de reloj de un mal gusto aterradorante.

Debí hablar también, pero esto resulta interminable, del general Coss, a quien conocí en Puebla. Un hombre que tiene la acometividad del tigre, la cautelosa penetración del zorro y una estatura que, comenzando a medirla por los pies, al llegar a la cintura pierde uno la esperanza de acabar.

Del hombre de la revolución, don Venustiano Carranza, nada he de agregar; de todos los capítulos de este libro se desprende la fe que tengo en ese hombre totalmente hombre, que ayer hizo una revolución que parece un terremoto y que mañana hará sobre el abismo un templo.

Este libro es pequeño por sus pensamientos, flaco por sus palabras; pero grande por la intención patriótica que lo mueve.

No es hijo de mi cerebro; casi todo ha salido de mi propio corazón.

FIN.

*A los 23
días andados
del mes de septiembre
del año en que murió la
reacción conservadora en México.*

Fe de erratas.

Si en esta fe de erratas apareciesen todas las que tiene el libro, esta fe perdería su eficacia y nadie haría las rectificaciones indicadas. Por esto, sólo aparecen aquí los disparates más grandes, es decir, los emperadores de la disparatería tipográfica.

Afortunadamente, dije ya al principio que este libro estaba relativamente bien impreso. Sirva este presagio de disculpa y que tu buen sentido, lector, ponga tino donde falte, ya sea por culpa del cajista, o del autor.

En la página 56, línea 10, dice medias paralelas, y debe decir: medias palabras.

En la página 68, al comenzar el capítulo nono, dice la última frase: esperé que el general Gutiérrez comprendiese su ingenuidad y que los veloces zapatistas huyesen para decir lo que «no» pensaba; y debe decir: lo que «pensaba.»

En la página 189, en el «Epílogo,» en la línea 6, y en la mayor parte de los ejemplares, dice: pero no, lo inaudito es que llegaras a «comprender» el libro; y debe decir: que llegaras a «comprar....»

INDICE.

	<u>Págs.</u>
Anteportada	1
Portada	3
Advertencia del autor	5
Dedicatoria del autor	7
En donde el autor considera oportuno hacer algunas advertencias	9

PROLEGOMENOS.

Capítulo I.—Un artículo que no trata de nada	16
Capítulo II.—El epitafio de un cínico	21
Capítulo III.—Lo que contestó el duque de Liancourt a Luis XVI	33
Capítulo IV.—Robespierre en la casa del duque de Orleans	37
Capítulo V.—	
La filiación política de los empleados federales	41
Las ruedas son siempre ruedas	46
La máquina trituradora de hombres	49
Capítulo VI.—Un hombre borracho de sí mismo	51
Capítulo VII.—En la Alameda, una noche clara....	58
Capítulo VIII.—	
Al pie de una pesada argumentación	62

	<u>Págs.</u>
Don Eulalio I el cándido	65
<i>Capítulo IX.</i> —La luna de miel de Francisco Villa.	68
<i>Capítulo X.</i> —Los brillantes coroneles y los brillantes de los coroneles	73
<i>Capítulo XI.</i> —	
Las intrigas	78
Nos pasamos la vida comiendo hombres	81
<i>Capítulo XII.</i> —	
Ha muerto un hombre	83
Ironías de la muerte	86
<i>Capítulo XIII.</i> —Ya no tenemos el exclusivismo de la barbarie	88
<i>Capítulo XIV.</i> —	
El advenimiento de la Justicia y el triunfo de la Justicia	91
El último de los magistrados y jueces de la ciudad de México	94

PRIMERA PARTE.

EL VILLISMO. PRIMERA FORMA DE LA REACCION.

<i>Capítulo XV.</i> —Consejos desinteresados	98
<i>Capítulo XVI.</i> —	
La imponderable armonía universal	101
Las alas arcangélicas de Angeles	102
<i>Capítulo XVII.</i> —Retrato al carbón de un poeta del siglo XVII que vive en el siglo XX	105
<i>Capítulo XVIII.</i> —El automóvil de Llorente	111
<i>Capítulo XIX.</i> —La libertad alumbrada	113
<i>Capítulo XX.</i> —El retrato de un muerto en su última postura	117

	<u>Págs.</u>
SEGUNDA PARTE.	
EL ZAPATISMO.—SEGUNDA FORMA DE LA REACCION.	
<i>Capítulo XXI.</i> —	
La incongruencia de los zapatistas líricos	122
El optimismo es un ardid filosófico	124
Un pequeño zapatista retrasado	126
<i>Capítulo XXII.</i> —Pobre de Roque	128
<i>Capítulo XXIII.</i> —Los muertos andan	131
<i>Capítulo XXIV.</i> —La máscara absurda de un caballero feudal	134

TERCERA PARTE.

EL PASADO.—LA REACCION CLASICA.

<i>Capítulo XXV.</i> —Los reaccionarios inmortales	138
<i>Capítulo XXVI.</i> —	
La vuelta de la isla de Elba	142
Alí-Babá y los 40 ladrones	144
Una fraternidad encantadora	146
<i>Capítulo XXVII.</i> —Las blancas manos de José Mora y del Río	148
<i>Capítulo XXVIII.</i> —Soy un hombre que ha reflexionado	149

CUARTA PARTE.

LA CIUDAD DE MEXICO.

<i>Capítulo XXIX.</i> —La ciudad maldita	153
<i>Capítulo XXX.</i> —Las once mil vírgenes	157

Ca	<i>Capítulo XXXI.</i> —Por qué México ha sido ocupado	
	y desocupado indistintamente	161
Ca	<i>Capítulo XXXII.</i> —Cuando México vea las cosas	
	como son	165

QUINTA PARTE.

LIRISMOS OPORTUNOS.

Ca	<i>Capítulo XXXIII.</i> —Un paralelo de sangre	168
Ca	<i>Capítulo XXXIV.</i> —Los de abajo piden muy poco	171

SEXTA PARTE.

EL HOMBRE.

	<i>Capítulo XXXV.</i> —Venustiano Carranza	174
	<i>Capítulo XXXVI.</i> —	
	Un profesor de energía	181
	El sueño de la espada	184
	EPILOGO	189
Ca	<i>Fe de erratas</i>	194



F1234
P28

102000 3346
108586

AUTOR

PARRA, Gonzalo de la

TITULO

Laura



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

F1
P2
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY